

“Nuestro idioma no está solo”: Sylvia Molloy, *en traducción*

MAYA GONZÁLEZ ROUX
*Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales,
Universidad Nacional de La Plata /
Centro de Estudios de Literatura Comparada “M. T. Maiorana”,
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina /
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
mayagonroux@yahoo.com.ar*

Recibido: 19 de marzo de 2025 – Aceptado: 4 de abril de 2025.
<https://doi.org/10.46553/letras6779> - CC-BY-NC-SA 4.0 Internacional

Resumen: En su conferencia en la Modern Language Association, al asumir como presidenta, Sylvia Molloy abordó el problema del “monolingüismo vs. multilingüismo” vinculándolo a la traducción en su valor cultural y político. Al elevar su voz en defensa del *otro*, Molloy señalaba la impenetrabilidad que ofrece el multilingüismo y, en consecuencia, las deficiencias de toda traducción que, en términos positivos, la distingue del etnocentrismo cultural (Antoine Berman). Si la traducción es ante todo un encuentro con el otro, el presente artículo se propone indagar la postura de Molloy respecto al monolingüismo, que entendía como próximo a la normalización de la lengua, en oposición al multilingüismo como apertura hacia el otro y diálogo entre culturas. Una invitación, la de Molloy, a reconocer en toda traducción una opacidad lingüística y cultural (Édouard Glissant).

Palabras clave: Sylvia Molloy; Traducción; Monolingüismo; Multilingüismo; Opacidad,

“Our language is not alone”: Sylvia Molloy, *in translation*

Abstract: In her “Presidential Address” at the Modern Language Association, Sylvia Molloy addressed the problem of ‘monolingualism vs. multilingualism’, linking it to translation in its cultural and political value. In raising her voice in defence of the *other*, Molloy pointed out the impenetrability offered by multilingualism and, consequently, the lack of all translation, which, in positive terms, distinguishes it from cultural ethnocentrism (Antoine Berman). If translation is above all an encounter with the other, this article sets out to investigate Molloy’s position on monolingualism, which is close to the standardisation of language, as opposed to multilingualism as an opening towards the other and a dialogue between cultures. Molloy’s is an invitation to recognise a linguistic and cultural opacity in all translation (Édouard Glissant).

Keywords: Sylvia Molloy; Translation; Monolingualism; Multilingualism; Opacity.

En un relato titulado “Gramática” y que integra *Varia imaginación*, un pequeño libro que reúne breves relatos de diversos recuerdos, Sylvia Molloy escribía: “De chica exigí aprender francés, el idioma de la familia de mi madre, aunque mi madre no lo hablaba. Sus padres lo habían ido dejando, poco a poco, a medida que nacían más hijos. Lo habían hablado con los hijos mayores, ahora lo hablaban sólo entre ellos. Mi madre nació, podría decirse, monolingüe” (Molloy, 2003a: 77). Así, al tomar clases de francés, aprendió las reglas gramaticales y, entre juego y exigencia, se propuso recitar de memoria algunos verbos antes de acostarse: “Mi francés iba a ser lengua nativa, como si no hubiera hiato entre mis abuelos y yo, tan nativa como mi inglés que no se había salteado ninguna generación. (El español no parecía tener genealogía: simplemente estaba). Les puse nombres franceses a algunas muñecas, las más lindas. La maestra de francés que venía a casa se admiraba de mi pronunciación” (2003a: 77). Siempre en *Varia imaginación*, en otro relato titulado “Saber de madre”, Molloy menciona los motivos detrás del aprendizaje de este idioma y, aún más contundente, afirma: “Yo quise recuperar esa lengua materna, para que mi madre, al igual que mi padre, tuviera dos lenguas. Ser monolingüe *parecía pobreza*” (2003a: 27. El subrayado es mío). Es curioso que este aprendizaje lo exprese en términos de “recuperación” y muy sugerente, sobre todo, su proyecto: ¿cómo leer ese rescate de la lengua perdida? Y, aún más: ¿por qué Molloy al recordar a su madre como “monolingüe” afirma que este rasgo era síntoma de pobreza (o bien, al menos es así como ella decide relatarlo)?

En muchos de sus recuerdos, la autora regresó a su propia experiencia con las lenguas, e incluso no es aventurado afirmar que con el tiempo se profundizó este interés por explorar el vínculo entre la memoria y las lenguas, como da cuenta uno de sus últimos libros, *Vivir entre lenguas* de 2016. Asimismo, en diversas entrevistas e intervenciones públicas, en ficciones y ensayos, la escritora hacía referencia al ambiente trilingüe en el que había sido educada. En su casa se hablaba el inglés porque su padre era descendiente de inmigrantes ingleses. Toda su familia paterna hablaba inglés, y era la lengua compartida por el padre con su madre y hermanas. Sin embargo, con su esposa (la madre de Molloy) y sus amigos, él hablaba en castellano. Esto es, a diferencia del francés, el inglés en la casa familiar de Sylvia Molloy no había salteado ninguna generación. De hecho, ella relató con gracia algún que otro recuerdo sobre la familia paterna, recuerdos en los que siempre mencionó la lengua:

Mi abuela, la madre de mi padre, como muchos inmigrantes ingleses de su generación, hablaba mal español. Le costaba decir tetera y decía (para gran hilaridad de su hijo, mi padre), una tetada de té. [...]. Mi abuela, la madre de mi padre, murió cuando yo tenía cuatro años: recuerdo haberla ido a visitar poco antes de su muerte, recuerdo haberle hablado, no sé qué idioma. Este recuerdo, este no saber en qué idioma le hablé, no me deja (Molloy, 2003a: 75-76).

A su vez, recibió una educación inglés-castellano al asistir a una institución bilingüe. Allí, en esa institución rígida, la organización de las clases estaba dividida estrictamente de acuerdo con la lengua: inglés por la mañana, castellano por la tarde. Llama la atención cómo la autora recordaba el lugar del castellano, pero no solo aquel que la institución le otorgaba, sino el que tenía entre sus compañeras. Así, escribía:

Interestingly, dirty jokes were told in Spanish; or, rather, the general gist of the joke was told in English, but body parts deemed unmentionable were named in Spanish, much in the way nineteenth-century medical texts named them in Latin. I only learned their equivalent in English through my readings: another profitable use of literature (Molloy, 2003b: 71).

Más allá de la ventaja que señaló en el uso de la literatura —volveremos sobre este punto—, notemos que el castellano se utilizaba para aquello que no podía o no debía ser nombrado: pareciera ser que el lugar de esta lengua fuera el espacio de la prohibición y la censura. En

cambio, otra es la historia con el francés. Su madre, descendiente de inmigrantes franceses, no había aprendido esta lengua ya que solo los hijos mayores del matrimonio eran “bilingües”. El francés, por lo tanto, se fue perdiendo de hijo en hijo y, finalmente, los más pequeños —entre ellos la madre de Molloy, la octava hija— fueron monolingües. Al respecto, vale la pena citar *in extenso* las palabras de la autora:

El hecho de que mi madre no hable inglés impone el español en las reuniones de la familia paterna. Condescendientes, mis tías, que son perfectamente bilingües, se adaptan; yo siento vergüenza. Cuando se dirigen a mí contesto en inglés, para lucirme, y para hacerles ver que no soy monolingüe como mi madre. [...]. Recuerdo que cuando yo era muy chica mi madre tomaba clases de inglés con una inglesa del barrio cuyo nombre he olvidado [...]. Recuerdo la libreta amarilla de papel cuadriculado en la que mi madre anotaba lo que iba aprendiendo. [...]. No sé cuándo dejó de tomar esas clases. Sé que la libreta desapareció y mi madre siguió monolingüe, como quien sigue *padeciendo algún mal incurable*. [...]. Pero digo mal en llamarla monolingüe. El bilingüismo que hubiera podido ser suyo, el que le robaron los padres, subsistía, como resto, en algunas conversaciones caseras. Así tanto ella como mi tía usaban constantemente palabras francesas cuando hablaban de moda y de costura, palabras que conservo hasta hoy aunque no siempre sé a qué se refieren. Por ejemplo: “soutache”. Como islotes de la otra lengua, flotaban en la conversación. Acaso remitían a recuerdos precisos de sus infancias semibilingües; o acaso no fueran más que una simple afectación de señoras burguesas argentinas. En todo caso, me permitían construir una imagen menos lingüísticamente desamparada de mi madre (Molloy, 2016: 12-13. El subrayado es mío).

El francés cobró nuevamente fuerza en su vida cuando, más tarde y ya joven, regresó al centro de la escena, pero esta vez cargado de pasión: de pasión amorosa. Y esto es así porque fue gracias a las clases de literatura francesa en la Alianza Francesa de Buenos Aires que descubrió su sexualidad, o su diferencia en términos de sexualidad, como muchas veces explicó. Esa fue otra de las ventajas de la literatura, tal como escribió en el relato “Gramática”, citado al inicio del presente artículo (Molloy, 2003a).

Ahora bien, este breve recorrido por la historia familiar de Molloy y las lenguas —y en el que se podría ahondar para analizar la imbricación de las tres lenguas en su literatura y en la construcción de su imagen de escritora— no es, sin embargo, suficiente para entender por qué consideraba que ser monolingüe era un síntoma de pobreza, de desamparo, como escribe en la cita anterior.

“Ser monolingüe parecía pobreza” es una afirmación no desprovista de cierto elitismo. Y en este punto, es difícil no mencionar su “visita” a la revista *Sur* fundada por Victoria Ocampo. Si bien la joven Molloy solo hizo un breve paso por la revista como colaboradora y traductora,¹ lo cierto es que su entrada en las letras argentinas desde un lugar central como lo fue *Sur* resultó decisivo en su recorrido en la medida en que esta revista, como es conocido, tuvo mucha incidencia en el campo de cierta cultura argentina al poner en primer plano aquello que Ocampo consideraba como “valores” culturales, entre ellos el cosmopolitismo y el conocimiento de lenguas extranjeras (el inglés y el francés, no así, por supuesto, el italiano), acompañados por una función pedagógica que la revista se atribuía a sí misma. De ahí la importancia hacia el rol del traductor y, en la misma línea, la creencia en la educación o instrucción que el lector debía recibir a través de las páginas de *Sur*. Molloy frecuentó entonces determinado mundo literario multicultural que hizo de su paso por *Sur* la expresión del derrotero que más tarde la llevó a

¹ Tal vez formara parte del “ala chingada del grupo”, como definió Alan Pauls a la nueva camada de jóvenes que incursionaron en la revista a fines de los años 1950 y comienzos de 1960, época de las colaboraciones de Molloy.

París² para estudiar y, finalmente, a los Estados Unidos, país en el que estableció su residencia y en el que logró insertarse en la universidad obteniendo el reconocimiento de sus pares.

Esta mención sobre sus colaboraciones en la revista se revela necesaria, ya que es posible preguntarse si aquella defensa del conocimiento de las lenguas no se vincularía con “la cultura y el mundo *Sur*” que Molloy frecuentó. En la misma perspectiva, y en relación con aquellos valores tan difundidos por Ocampo desde *Sur*, recordemos la conferencia “La misión del intelectual ante la comunidad mundial” pronunciada en 1957 y en la que Victoria Ocampo distinguió dos tipos de analfabetismo: un analfabetismo en el sentido literal y contra el que la Unesco luchaba, y otro en relación con el “saber leer” que se desprende del asombro de Victoria al percatarse que leía el lector:

Cuando veo los libros que se venden en las estaciones de los pueblecitos suburbanos y miro [...] la clase de lecturas en que se engolfan los pasajeros... pienso que de veras quien ha aprendido a leer tiene todavía mucho camino por recorrer antes de saber leer. Y que ese saber leer hay que enseñarlo, pues es tan importante como el otro (Ocampo, 1957: 58).

¿Qué entendía Ocampo por “saber leer”? En palabras suyas, y siempre en esa conferencia, significaba tender la mano a aquel lector que, sin llegar a ser una persona cultivada, tenía una inclinación hacia la lectura. El saber leer entonces evitaría que esos lectores se limitasen a una “literatura popular”. En otros términos, el intelectual debía guiar o encaminar al lector hacia el “buen gusto literario”. Esta conferencia de Ocampo es muy expresiva de otro texto —lo que explica por qué la mencionamos aquí—, que también es una conferencia, pero de Molloy. En ella, curiosamente y de igual forma, la autora refiere a cierto “saber leer”. Se trata de la conferencia que pronunció en el año 2001 al asumir la presidencia de la “Modern Language Association”, asociación estadounidense que, como es conocido, reúne a profesores y especialistas en lengua y literaturas inglesas. Desde esa Asociación y en tanto presidenta, la escritora intercedió a favor de la toma de consciencia de los riesgos originados por el monolingüismo en las universidades estadounidenses. Y, a su vez, desde allí se posicionó a favor de un diálogo realmente multilingüe y multicultural.

Su conferencia, cuyo título expresivo es “Crossings”, tuvo como objetivo las lenguas, enfatizando el plural: las lenguas como intersección, choque o conflicto, y a su vez, las lenguas tal como se las enseña, interpreta y traduce. Pero no solo son las lenguas el punto de interés de Molloy, sino que puso su atención en ellas sobre todo cuando son despojadas de su contexto, palabra a la que regresó en repetidas oportunidades: comprender al *otro* por fuera del contexto, comprenderlo “literalmente”, deviene uno de los límites del monolingüismo, declaró.³ Es importante mencionar el trasfondo, o más exactamente el “contexto” en el que su conferencia fue pronunciada. Se trata de los atentados del 11 de septiembre de aquel año que, en palabras suyas, evidenciaron los límites del “unilateralismo lingüístico y cultural”. Sin duda, se distinguen ya algunas diferencias con respecto al “saber leer” de Ocampo porque la autora apuntó especialmente a la alteridad, a

² En *Escribir París*, libro en co-autoría con Vila-Matas, Molloy dedica unas páginas de “El París de Molloy” a los meses compartidos —“una temporada”, como escribe— con Victoria Ocampo en esa ciudad durante los cuales ella ofició de chofer y acompañante en todas sus citas sociales. La imagen que ofrece de sí misma se entrevé no tanto como la de una legataria sino, sobre todo, una confidente de Ocampo (Molloy, 2012: 37-40).

³ Molloy ofreció como ejemplo de comprensión del otro “literalmente”, sin contexto, la palabra “desaparecido” en Argentina: como es conocido, en los años 1970 y 1980 decir de una persona que “había desaparecido” no significaba que se lo había perdido de vista o que no se lo podía distinguir, sino que había sido asesinada por las fuerzas represivas del Estado *de facto* (Molloy, 2002: 408). Es necesario señalar que, en la actualidad, este último significado de la palabra “desaparecido” predomina por sobre el otro sin necesidad del contexto.

la figura y a la comprensión del otro. De modo específico, el “saber leer” al que se referió, y el que defendió, se vincula con el hecho de comprender al otro —leer el texto otro— en su propia diferencia.

Y aquí es de capital importancia acentuar que la defensa del multilingüismo que allí leemos es, ante todo, un gesto político que sin duda encuentra resonancias en su literatura: sin caer en una propuesta algo simplista que pretenda reducir su literatura a su situación trilingüe —esto es, el “vivir entre lenguas” —, es más potente, en cambio, afirmar que en su literatura —tanto en las ficciones como en los ensayos— es posible leer la pregunta acerca de la traducción en un sentido amplio: la traducción entendida literalmente (la traducción de un texto), la traducción de una cultura, o incluso el acto de traducir al otro. El traducir lo otro y al otro, encuentra un vínculo con el problema del “monolingüismo vs. multilingüismo” de la conferencia anterior y, aún más, son muchos los textos de Molloy que nos sitúan en este camino de la reflexión. Por ejemplo, las ficciones *El común olvido* (2002), *Desarticulaciones* (2010), *Varia imaginación*, *Vivir entre lenguas*, en las que expresa y ficcionaliza sus interrogaciones sobre la lengua materna, la condición de la persona bilingüe, la identidad, el derrumbe de la memoria, entre otros. Así, si “siempre se escribe desde una ausencia [y, por lo tanto,] la elección de un idioma automáticamente significa el afantasmamiento del otro pero nunca su desaparición”, como reflexionó en *Vivir entre lenguas*, el desconcierto provocado será constante. Por eso, tal como escribió en más de una oportunidad, ante un cartel a la vera de un camino con la palabra “hay” que ella leía primero desde el castellano (¿qué hay?), enseguida después recordaba que en inglés “hay” es heno (Molloy, 2016: 24-25) —una pregunta que es ficcionalizada una vez más en *El común olvido*—. La incomodidad que genera la presencia de la otra lengua nunca desaparece, y “vuelve patente esa otredad del lenguaje. Esa es la fortuna del bilingüe; y es también su desgracia, su *undoing*: su des-hechura” (Molloy, 2016: 68). En definitiva, como escribe siempre en *Vivir entre lenguas*, “para sentirse cómodo, incluso locuaz, en otro idioma se necesita la inmersión total en lo extranjero y el olvido: que no queden rastros del *home* que se ha dejado atrás. ¿Pero cuando ese *home* se lleva consigo? ¿O cuando esa extranjería es parte de uno mismo?” (Molloy, 2016: 33).

De esta manera, muchos de sus ensayos, que a su vez dialogan con las ficciones, regresan a las inquietudes sobre la lengua materna y la escritura. En el temprano y emblemático libro *Acto de presencia*, sobre las autobiografías hispanoamericanas, si bien las cuestiones en torno a la lengua de los autobiógrafos no son materia de estudio,⁴ la lengua que Molloy prefirió al escribir su texto fue el inglés. Más tarde traducido al castellano con colaboración de la autora, esta elección es un gesto que se reiteró en las escrituras posteriores: optó por el inglés o el castellano para la crítica, en cambio las ficciones solo las escribió en castellano. Escribir en la lengua del padre en un libro como *Acto de presencia*, centrado en las “fabulaciones del yo”, no es un dato menor: idioma tan presente —casi omnipresente— en la vida familiar, ¿por qué no conjeturar que quizás en esa elección se cifre un gesto autobiográfico?

Sin embargo, no fue solo la escritura la que le permitió indagar en el valor cultural y político de la traducción. Habría que observar también con atención su trabajo como docente universitaria y remarcar que Molloy fue una docente argentina en varias universidades estadounidenses⁵ — por lo tanto, una inmigrante— que enseñó literatura latinoamericana —una literatura extranjera entonces— a estudiantes en su mayoría también inmigrantes o hijos de inmigrantes. Desde ese

⁴ Algunos de los escritores e intelectuales allí abordados son Domingo Faustino Sarmiento, Juan Francisco Manzano, Victoria Ocampo, la condesa de Merlín, Miguel Cané, Mariano Picón Salas, Norah Lange, Lucio V. Mansilla, Enrique Larreta, Carlos Mastronardi, José Vasconcelos.

⁵ Enseñó literatura en la universidad de Yale, Princeton y, finalmente, en la Universidad de Nueva York.

lugar, cuyo rasgo distintivo es la extranjería, elevó su voz en defensa del *otro*: en esta apertura hacia el otro —que en su conferencia se traduce en una defensa por una enseñanza más completa de las lenguas— Molloy interpeló al auditorio a “ser curioso”, e incluso al punto de sentirse ridículo, como sostuvo al evocar una microficción paródica de Roberto Fernández.⁶ No den nada por sentado, proclamó, abandonen su lugar de autoridad cultural, aunque sea por un momento, y traten de entender (Molloy, 2002: 409). E insistamos en el término “entender” porque supone ante todo *entrar en relación*: entender, por lo tanto, es ir hacia el otro intentando establecer un vínculo. E ir hacia el otro, en términos de lenguas y culturas, también es un acto de traducción que siempre, y de manera inevitable, estará marcado por la ausencia o la carencia. El acto de traducción, como explicó en esa conferencia, es un camino lleno de “imposibilidades”: “Porque las lenguas son impenetrables y porque las traducciones son inevitablemente deficientes —en resumen, porque ser multilingüe y multicultural es exigente, dificultoso y a veces imposible— debemos persistir en nuestra aventura” (Molloy, 2002: 412). Deficiente, en términos de Molloy, la traducción revela inexorablemente una insuficiencia que la distingue del etnocentrismo, rasgo que recuerda la teoría de Antoine Berman al definir las “malas traducciones” como “traducciones elegantes” en oposición a la “traducción literal”. En su reflexión sobre la ética del acto de traducción, Berman sostenía que la primera, preocupada por la transmisión del sentido, operaba de tal modo que la traducción dejaba de percibirse y pasaba inadvertida —esto es, se traducía tal y como el autor hubiera escrito su texto en la lengua de la traducción—. En definitiva, la traducción quedaba olvidada. Elegante, discreta, la “mala traducción” escondería por lo tanto un etnocentrismo en la apropiación del texto extranjero (Berman, 1999: 29-47). No olvidemos que la traducción es una cuestión de encuentro, como indicamos antes, de encuentro con el otro, con el texto extranjero que no debe ser “naturalizado” o adaptado: así, el imperativo defendido por Berman podría resumirse con la insignia “recibir al Extranjero como Extranjero”.

Encuentro con el otro, todo diálogo entre culturas contiene limitaciones y solo cuando se las reconoce es posible abordar los verdaderos problemas de la comunicación cultural. Y en este punto, el monolingüismo parece correr el riesgo de aproximarse a *la normalización de la lengua* en la medida en que, al volver perceptible y comprensible lo otro, finalmente lo silencia en tanto otro. En este sentido y si regresamos a aquel padecimiento o amputación que le producía el monolingüismo a la pequeña Molloy, es válido pensar que se trata menos de una actitud elitista hacia la lengua que un intento por corregir esa pérdida y romper precisamente con la “normalización de la lengua” a la que se refiere en la conferencia.

Por otro lado, no en vano en esa conferencia la autora subrayó en repetidas oportunidades la importancia del contexto. Conocer otras lenguas, advirtió, es fundamental, pero si uno no las usa para “traducir” lo que dice, o lo que escribe o enseña, para verlo bajo otra luz o en un contexto cultural diferente; si uno no siente una insatisfacción con la otra lengua, si no puede “escuchar” las lagunas que hay en ella, entonces nuestro conocimiento de las otras lenguas será un conocimiento pasivo: será solo información (Molloy, 2002: 412). Así, a la pobreza del monolingüismo que observábamos en su recuerdo de infancia, habría que oponerle la impenetrabilidad que ofrece el multilingüismo. Y esto es así en tanto que comprender al otro es aceptar que hay una parte de él que siempre permanece impenetrable: de modo manifiesto, Molloy solicitó “el reconocimiento de una opacidad lingüística y cultural que no se resuelve unilateralmente, sino mediante el diálogo y

⁶ Se trata de la microficción “Wrong Channel” en la que, a través del juego lingüístico entre “TV” y “TB” —la abreviación inglesa de tuberculosis—, Roberto Fernández parodia el proceso de asimilación de la comunidad cubana en Florida y su continua relación con el imaginario de Cuba. Ese juego se presenta en la conversación en inglés entre una inmigrante cubana que solicita la residencia y el doctor estadounidense que la examina para certificar su buen estado de salud: este pregunta si el personaje Barbarita tuvo “TB” (tuberculosis), sin embargo, ella y su intérprete Mima entienden que el doctor quiere saber si ha tenido TV (televisión) (Fernández, 1996: 30-32).

la negociación, mediante un intercambio entre culturas, mediante el mutuo y beneficioso contacto y contaminación entre ellas” (Molloy, 2002: 410).

Sin citarlas, estas palabras son eco de otras, más lejanas en la geografía pero que, sin embargo, también reivindicaban la opacidad lingüística como escudo ante la dominación del pensamiento occidental. Me refiero a Édouard Glissant y el derecho a la opacidad: con este concepto poético, el de la opacidad, Glissant manifestaba su sospecha acerca de la transparencia porque era consciente de que la colonización es un acto de puesta en transparencia del mundo. Pero la opacidad no es la oscuridad. Lo que pretendía Glissant era decirnos que, para aceptar al otro, para encontrarse con el otro y, por lo tanto, para encontrarse con uno mismo, hay que aceptar su parte de opacidad. Debemos aceptar que el otro tiene algo irreductible —impenetrable es la palabra elegida por Molloy—, algo que le es propio, algo que no necesariamente tratamos de conocer, identificar, fijar, revelar. Vivimos en esa “incertidumbre de la opacidad”, pensaba Glissant, “reconozcamos nuestros defectos, nuestras *imposibilidades*, y enseñemos a nuestros estudiantes a reconocer las propias”, sostenía Molloy en su conferencia (Molloy, 2002: 413. Subrayado en el original). Reconocer la opacidad lingüística y cultural, en definitiva, es aceptar al otro tal como es, sin naturalizarlo, si retomamos a Antoine Berman. O, como escribió Fabio Morábito en su libro *El idioma materno* y a quien por cierto Molloy cita como epígrafe de *Vivir entre lenguas*,⁷ “no es posible hablar *exclusivamente* un solo idioma. Siempre que hablamos, hablamos sobre un trasfondo, conocido o meramente intuido, de una diversidad de lenguas” (Morábito, 2014: 70. Subrayado en el original). Las palabras de Glissant, una vez más, traspasan estas líneas, justamente cuando afirmaba la existencia de una solidaridad entre las lenguas del mundo que volvía imposible escribir y describir de forma monolingüe.⁸ Así, en este diálogo imaginario entre Glissant y Morábito, y en el que sin duda alguna Molloy participaría, los tres escritores convendrían al unísono que “solo podemos hablar porque nuestro idioma no está solo” (Morábito, 2014: 70). Esto significa que todos, en cierta forma, vivimos *en traducción*.

Referencias bibliográficas

- BERMAN, Antoine, 1999, *La traduction et la lettre ou l'auberge du lointain*, París, Seuil.
- FERNÁNDEZ, ROBERTO, 1996, “Wrong Channel”, en *Micro Fiction: An Anthology of Really Short Stories*, Nueva York, W. W. Norton, pp. 30-32.
- GLISSANT, Édouard, 1995, *Introduction à une Poétique du Divers*, Montreal, Presses de l'Université de Montréal.
- MOLLOY, Sylvia, 2002, “Presidential Address 2001: Crossings”, *PMLA: Publications of the Modern Language Association of America* 3-117, pp. 407-413.
- , 2003a, *Varia imaginación*, Rosario, Beatriz Viterbo.

⁷ La otra cita es de Vicente Huidobro y pertenece a *El ciudadano del olvido*: “Hay una voz desterrada que persiste en mis sueños” (Molloy, 2016: 7).

⁸ En la conocida entrevista “L’imaginaire des langues”, título medular de su pensamiento y traducido como “el universo imaginario de las lenguas”, Glissant explicaba: “Lo que caracteriza nuestro tiempo es lo que he llamado el imaginario de las lenguas, es decir la presencia de todas las lenguas del mundo. [...]. En la actualidad, incluso cuando solo conoce su propia lengua, en el proceso de escritura un escritor tiene presente, de manera consciente o inconsciente, la existencia de otras lenguas a su alrededor. Ya no se puede escribir una lengua de manera monolingüe. Uno está obligado a tener en cuenta los imaginarios de las lenguas. [...]. Cuando uno contempla un paisaje africano, incluso si no conoce la lengua bantú, por ejemplo, una parte de esta lengua, a través del paisaje que se observa, nos choca y nos interpela, incluso si jamás hemos escuchado una palabra de bantú” (Glissant, 1995: 84).

- MOLLOY, Sylvia, 2003b, “Bilingualism, Writing, and the Feeling of Not Quite Being There”, en *Lives in Translation: Bilingual Writers on Identity and Creativity*, Nueva York, Palgrave Macmillan, pp. 69-77.
- , 2016, *Vivir entre lenguas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- MOLLOY, Sylvia y Enrique VILA-MATAS, 2012, *Escribir París*, Chile, Brutus Editoras.
- MORÁBITO, Fabio, 2014, *El idioma materno*, México D. F., Sexto Piso.
- OCAMPO, Victoria, 1957, “La misión del intelectual ante la comunidad mundial”, *Sur* 246, 56-62.